


Vattier ha entrado a la fase tempestuosa de su existencia artística. Años atrás celebrábamos en estas páginas su talento indiscutible. Ahora reafirmamos nuestra confianza en sus dones poéticos y su exquisita sensibilidad, ahogadas para desgracia suya, en una gran pereza y una falta de seriedad para concebir la vida. Por esto mismo, hemos querido cortar de raíz, con un golpe de muerte, toda esa floración perjudicial que amenaza envolver su bello espíritu y su robusta, aunque contradictoria, personalidad. No habríamos consagrado tantas líneas a un libro malo y a un autor insignificante. Sólo el valor indiscutible de Vattier puede autorizar una operación tan dolorosa y una intervención tan sangrienta de parte de un colega y amigo.

Pero nuestros valores literarios son escasos. No es el momento de ahogar en alabanzas lo que está en nuestra mano salvar.—BENJAMÍN SUBERCASEAUX.

 <https://doi.org/10.29393/At161-279ATCC10279>

CORRIENTES CULTURALES QUE DEFINEN AL PERIQUILLO, por
Bernabé Godoy V.—Guadalajara, México, 1938.

Un nuevo nombre de escritor mexicano que es necesario retener: Bernabé Godoy. En este ensayo, bellamente impreso en las prensas de «Navegación Poética», aparece como un escritor serio, documentado, dueño de un estilo flexible y certero, sobrio y justo en la adjetivación.

Bernabé Godoy estudia en esta obra la primera novela mexicana *El Periquillo Sarniento* de que es autor el Pensador Mexicano, seudónimo que usó don José Joaquín Fernández de Lizardi, publicada en los primeros años del siglo XIX. El enjuiciamiento que de ella hace Godoy, es desde el plano actual, «sin duda favorable. Desde él apreciaremos la colocación—continúa Godoy—de la primera novela mexicana, nacida entre movi-

mientos de enorme consecuencia para el país, contribuyendo a la hora oportuna en el afán de aniquilamiento del complejo colonial, de cuyos rasgos fué dando cuenta precisa y documentada. No poseemos hoy mejor exposición de aquellos valores que ese resumen crudo y desarreglado, impugnado en nombre de la moral y las costumbres por la misma sociedad que según frase wildeana, sintió hacia el realismo «desprecio muy semejante a la rabia de Calibán, viendo su cara en el espejo».

Es indudable y así lo demostró Fernández de Lizardi en la defensa que hizo de su *Periquillo Sarniento* que fué duramente atacado por un fuerte sector de sus contemporáneos—como lo demostraba también de antemano su misma novela—que no se propuso únicamente una finalidad literaria; al contrario, desdeñó los recursos de esta índole en cuanto a elementos para embellecer el relato o la narración y dirigió toda su capacidad para hacer resaltar el contenido de renovación y crítica y sobre todo, de enseñanza para su pueblo en lo que se refería a las «necesidades nacionales dependientes de la política». En la defensa que aludimos y que Lizardi tituló *Apología del Periquillo Sarniento*, publicada en *El Noticioso General* del 12 y 15 de febrero de 1819, decía: «Suelo prescindir de aquellas reglas que me parecen embarazosas para llegar al fin que me propongo, que es la instrucción de los ignorantes».

Bernabé Godoy precisa, inicialmente, el momento político en que se escribe y se publicó *El Periquillo Sarniento* y las influencias de ultramar que ese momento recibió, especialmente la preponderancia de la filosofía francesa, de la revolución de 1789 y de lo que pudo aprovecharse, por los partidarios de la independencia, de la Constitución de Cádiz. Con conocimiento y agudeza, en apretadísima síntesis expone la atmósfera social y política del México de esos años antes de entrar al estudio mismo del *Periquillo* y las ideas que en él circulan. Ya en el dominio de éstas, recalca Bernabé Godoy necesariamente la condición fundamental de *El Periquillo Sarniento* o sea, la presencia en

sus páginas de los grandes problemas de su tiempo, presencia que le confiere a esta novela un contenido social trascendente y una apetencia continuada.

Por otra parte, el Pensador escribió sin subestimar el porvenir. Criticando la actualidad mexicana, discriminando la oposición entre las corrientes conservadoras y reformistas, planteaba, además, soluciones o, por lo menos, sugerencias de tales, para un futuro próximo o distante, manteniendo todavía algunas su sentido vigente, no obstante los limpios esfuerzos del Gobierno de México para solucionarlas. Los males sociales que observa, no lo hace solamente con un espíritu demoledor sino también constructivo, es decir, coadyuvando a proponer enmiendas, a extraer del mismo defecto la circunstancia para su remedio.

«Jamás creyó Lizardi—dice Bernabé Godoy—en un México feliz con un indio-lastre, y habló de él siempre como una clase desamparada, a la que debe atraerse a la normalidad, proporcionándole los medios. A su buen sentido indiscutible no se ocultó la primacía del problema educacional entre todas las cuestiones nacionales, y el fué la obsesión de su vida y por consecuencia de su obra literaria. «Esa dureza e idiotismo que adviertes en los indios, mulatos y demás castas, no es por defecto de su entendimiento, sino por su misma cultura y educación», dice el Aguilucho (un personaje del Periquillo). Lejos de entonar himnos demagógicos exaltando las pasiones y la grandeza decantada de los indios, sentía indignación por los desbordamientos manifestados en los brotes independientes, cuya responsabilidad arrojaba por entero a «los criollos y gachupines en pugna».

En las *Conclusiones*—parte final del ensayo de Godoy—este considera al Periquillo como marcando la etapa más elevada de la novela picaresca que, con *La Vida del Lazarillo de Tormes* llega a su «máximo sabor artístico». Compara ambas obras, encontrando que la novela picaresca alcanza «otra vitalidad y su más alto valor crítico» al ser realizada en México por Fernán-

dez de Lizardi con *El Periquillo Sarniento*, «novela en que la tesis cobra vigor extraordinario», porque «analizando el libro como dependiente de nuestras energías culturales, hallamos su situación exacta de novela fundamentalmente de tesis en los preliminares de la lucha política del México independiente».



EXPERIENCIA DE SUEÑO Y DESTINO, poemas por *Alberto Baeza Flores*.

Cierto material confuso trabaja, acentuadamente, esta poesía y síntomas abstractos le producen un especial vacío donde es fácil radicar la fuerza de su secreto y donde germina floreciendo con densidad caminante una ansia cósmica.

El ser y su actividad expresional, evasiva e indecisa, no formula su experiencia vital con una coordinación adulta, con un reposo madurado, siendo incompleta su morfología. Direcciones accidentales cruzan su volumen rico en contingencias, firme en propósitos espléndidos y también en perfiles seguramente terminados.

La escasez de sosiego interno, la intranquilidad metafísica y el riesgo que supone su vacilación, le estructuran un clima denso, pesado donde es dificultosamente grato, como en algunos vagos sueños, transitar con lentitud. No asalta la sorpresa, no deslumbra ningún fulgor metálico. Pero un poder oculto, una imprecisa corriente invisible, un acento que crece y se desmaya, una esencia furtiva que nunca desaparece mantiene su actualidad finamente viviente y siempre penetrando.

Ni transparencia en el contenido, tampoco en la expresión. No digo, sin embargo, que no sea rápidamente aprehensible su sentido y su destino, no digo que sean inaudibles sus voces misteriosas; se captan pero son lejanas sus antenas iniciales y ya en su raíz, entregan la totalidad de su sonido. Acaso revueltas